

Introducción

Lo que aquí se muestra son los testimonios de veintiocho personas de nacionalidad española y norteamericana que fueron coprotagonistas del accidente nuclear de Palomares (Almería, 1966), intervinieron en las labores de remedio, la búsqueda de la bomba perdida o quien alguna relación tuvo con los damnificados. Salvo excepción, no son personajes históricos ni ostentan relevancia alguna en política o cultura. Lo notable son sus avatares, el relato de aquello que les tocó vivir, marcado por la excepcionalidad y el drama.

Corría el año de 1966 cuando se produjo el milagro de que le lloviera del cielo aquello que condicionaría durante décadas la vida de una pequeña comunidad, ubicada en un punto perdido del sureste de la España profunda, que ni siquiera figuraba en los mapas.

Desde 1945 no había caído armamento nuclear en una población ni contaminado un núcleo urbano y sus habitantes. A pesar de que cada una de las cuatro bombas tenía un poder de destrucción setenta veces superior a la de Hiroshima, no hubo detonación nuclear. Nadie murió ni salió herido entre la población, pero sí fueron contaminadas sus tierras de labor y parte del núcleo urbano. Contaminación con la que han convivido más de medio siglo. Hoy día quedan aún cuarenta y una hectáreas afectadas, sin fecha para su limpieza.

Una vez que las autoridades fueron conscientes de la relevancia del accidente, la historia fue elaborada a medida de sus intereses en los despachos gubernamentales de los dos países implicados. Excepto el pescador Francisco Simó Orts, *Paco el de la Bomba*, todo lo demás ha sido el desfile del contralmirante, ministro, embajador, científicos de renombre o generales. Los afectados, los que sufrieron las consecuencias aparecen de manera tangencial o difusa.

Desde el Antiguo Egipto hasta las guerras mundiales, solo parecen tener voz, cuota de protagonismo, los próceres, líderes, nobles, caciques, partidos políticos, reyes o cualesquiera que detenten el poder civil o militar; nunca el individuo, el ciudadano. Sobre los poderosos ha versado en

su mayoría la Historia. La gente llana suele aparecer como una comparsa de súbditos, salvo cuando se torna indomable en revueltas, éxodos o motines, pero incluso entonces aparece como pueblo, masa o turba, que no son más que abstracciones, sinonimias, donde el individuo queda diluido en una simple suma de anonimatos. La excepción, que no va más allá del gesto o símbolo, está en las tumbas o cenotafios a los soldados desconocidos. Quizás, una razón sea la que sugiere Robert Graves refiriéndose a la guerra de Troya: las historias se rememoraban en las cortes o en ámbitos de una minoría privilegiada, donde la democracia no estaba bien vista. O quizás debido a la fascinación del pueblo pusilánime con los poderosos, su boato y el oropel que los rodea. Es una constante que no podemos negar: la mayoría silenciosa son los grandes olvidados, los ausentes en la impronta y memoria colectiva, los mismos que padecen un destino marcado e impuesto por otros, a los que se les despoja de su derecho a ser oídos, a expresar sus sentimientos, anhelos y esperanzas.

El desastre nuclear de Palomares no tenía por qué ser una excepción. Todo fue consecuencia de un accidente. Sí, de un accidente esperado, porque desde inicios de los 60, la pugna de dos países por la hegemonía global y la de un dictador que buscaba afianzarse en el poder, generó en España un tránsito nuclear de locura. Hoy se sabe con certeza, que en sus idas y venidas, cada mes transitaban por encima de los españoles, 1440 bombas term nucleares, con una potencia total de 1584 megatones, equivalentes a 110 880 Hiroshimas; suficiente y sobrado para extinguir nuestra civilización.

La llamada tríada nuclear de Estados Unidos (EEUU), integrada por los misiles balísticos desde silos terrestres, o desde submarinos, ostentaba su máximo poder en la Alerta Aérea Aerotransportada del Mando Aéreo Estratégico. A mitad de los años sesenta, provistos de un arsenal nuclear cercano a las 5000 bombas, se intentaba dar una respuesta potencial a 1650 objetivos. Para ello contaba con 1700 vehículos portadores, en su mayoría bombarderos estratégicos, que sobrevolaban el espacio aéreo internacional próximo a la URSS, en una continua maniobra de envolvimiento.

Por España pasaba la ruta sur, por la que transitaban cruzando el Mediterráneo hasta cerca de las costas del sur de Italia. Era la más larga, la más fatigosa, con una duración de veintitrés horas. Diariamente se programaban de tres a seis salidas, compuesta de dos bombarderos cada una. Durante los 365 días del año, de día o de noche, volaban de manera inin-

terrumpida. Cada aeronave iba cargada con al menos cuatro bombas termonucleares. Siempre estaban en el aire o prestos a despegar en menos de diecisiete minutos.

Las palabras que se han escuchado, las que han llenado los titulares de los diarios, boletines de radio y páginas de la Historia, han sido las de los poderosos en proclamas ajustadas a su conveniencia. La única imagen que ha pervivido en la memoria colectiva ha sido la de un ministro y un embajador dándose un extemporáneo baño en la playa de Quitapellejos, frente a Palomares. Por contra, una implacable mezcla de silencio y olvido cayó sobre los vecinos que salieron a rescatar posibles supervivientes; sobre el pescador y su tripulación, que salvaron del mar al comandante y copiloto del B-52; la de los pilotos españoles del helicóptero militar, que arriesgaron su seguridad en la búsqueda de la tripulación que cayó al mar; la del maestro y sanitario que sacó los cadáveres fragmentados de los restos del cisterna; la del vecino del Partido Comunista que mandaba improvisadas crónicas a «Radio España Independiente, La Pirenaica», o la del director técnico del «Proyecto Islero», para la fabricación de armamento nuclear nacional. Allí, gracias al accidente y al análisis de restos de las bombas, pudo apropiarse de la tecnología que le permitió, dos años más tarde, concluir los cálculos y el proyecto de una bomba de hidrógeno.

No nos hemos olvidado de aquellos responsables en rescatar la bomba en el mar, ni de los miembros de las fuerzas armadas norteamericanas que fueron acusados como culpables del accidente; ni la de su esposa en la retaguardia del hogar familiar o la del buceador de las fuerzas especiales. Este fue uno de los muchos militares que se contaminó en Palomares, padeció varios cánceres y sufrió la manipulación de su ficha radiométrica y el rechazo de la Oficina de Asuntos de los Veteranos a financiar los tratamientos oncológicos.

Lo aquí recogido es solo un pequeño botón de muestra. Veintiocho historias, veintiocho voces de casi medio centenar, que fueron registradas para el largometraje documental «Operación Flecha Rota. Accidente Nuclear en Palomares» y en publicaciones posteriores. La grabación de algo más de cincuenta horas, incluidas las imágenes de archivos, supuso el doloroso descarte de más del 90% de un material que ahora ve la luz.

Parte de la documentación primaria ha sido conseguida gracias a la generosidad y empeño del compañero documentalista Ángel Roldán Molina y del profesor de Edafología de la UAL, Sebastián Sánchez. Las aportacio-

nes ajenas incluidas son: el contenido de una desesperada carta solicitando amparo a las Naciones Unidas, firmada por 431 vecinos de Palomares y Villaricos, sita en el «Archivo Jordi Bigues» del Centro de Historia de la Ciencia de la Univ. Autónoma de Barcelona. La entrevista al héroe Bartolomé Roldán, aportada por el amigo Juan Oliver (Kalika Films), de Águilas (Murcia) y la del sacerdote de Palomares y Villaricos, Francisco Navarrete, cedida por las licenciadas en Historia, Maribel Llobregat y Ana Rivero. A todos agradezco su generosidad.

Hemos querido cerrar con la extraordinaria vivencia de Luisa Isabel Álvarez de Toledo, Duquesa de Medina Sidonia, en defensa de los damnificados y menesterosos frente al país hegemónico y a la hipocresía de su tiempo. Se ha optado por alternar sus recuerdos en contrapunto con los informes reservados de la Brigada Político Social y la Guardia Civil, contenidos en el dossier personal del Archivo del Ministerio del Interior.

En los últimos años, la historiografía en español sobre el suceso y sus resultas, se ha nutrido gracias a la accesibilidad de la documentación desclasificada en los últimos veinte años. La evidencia documental ha obligado a deconstruir casi la totalidad de la historia oficial, la versión dominante, consensuada por los poderes, mantenida durante décadas, para reconstruir lo sucedido desde el inicio hasta nuestros días. La selección que presentamos viene a cubrir un gran vacío. Muestra esa otra cara oculta de la historia, la intrahistoria, en alza por el auge de la narrativa documental o la historia oral.

Además del relato humano, se halla el interés a través de la heterogeneidad de los entrevistados y sus diferentes vivencias. El sentir de las personas que padecieron el desamparo de sus respectivos gobiernos, la dimensión moral de su padecimiento frente a las organismos públicos, el brusco cambio de tener que aprender a convivir con la radiactividad, de ser involuntarias cobayas de experimentación con plutonio, resulta casi siempre desgarrador. Se muestra el conflicto del individuo frente a sí mismo y a las instituciones en situaciones extremas, de la manera de afrontar sus circunstancias, de cómo vivieron aquello y qué es lo que sintieron a través de la confidencia y la expresión íntima.

Almería, 25 de septiembre de 2025

Mi año de las bombas

Eduardo Rodríguez Farré

Después de su magna obra *Accidente nuclear de Palomares —Consecuencias (1966-2016)*, José Herrera Plaza nos regala ahora con un nuevo libro: *El año de las bombas— Historias de Palomares*. Mientras en aquél presenta de forma rigurosa, precisa y exhaustiva el conjunto de sucesos, incidentes, operaciones e intervenciones sobre el accidente, en la presente obra nos acerca en veinticuatro capítulos a las vivencias de un grupo de personas muy dispares que se encontraron inmersas en un inédito y confuso accidente nuclear que sucedía por primera vez: un Flecha Rota (un *Broken Arrow* en la terminología del ejército de los EEUU). La aproximación de Herrera es esencialmente social, diría más, posee un sustrato emotivo que se aprecia a lo largo de la lectura de los testimonios de las veintiocho personas entrevistadas.

Estos componentes se aprecian al considerar el amplio caleidoscopio de las personas, tanto españolas como estadounidenses, que narran sus memorias de aquellos eventos en que se vieron implicados de forma muy diversa; leemos, casi oímos, sus testimonios —o sus percepciones— situados hábilmente por el autor en el contexto de cada sujeto; desfilan agricultores, pescadores, militares, tripulantes del B52 siniestrado, un general físico nuclear, un maestro, un almirante, gente del común de Villaricos y Palomares... Esta diversidad y la clara forma de presentación nos llevan a una apasionante lectura, que a veces, aunque no lo sea, parece un *thriller*.

Dada la naturaleza de este libro, José Herrera, José, me disculpará por permitirme incluir en este prólogo unas breves vivencias personales relacionadas con mi año de las bombas. Cuando ocurrió el accidente era yo un joven médico, licenciado hacía un año (y en curso de especialización), que ejercía —entre otras actividades— efectuando guardias nocturnas de 12 horas y de fin de semana en una clínica, cuyo nombre mejor es no recordar, de Hospitalet de Llobregat (en el área metropolitana de Barcelona). Allí atendía fundamentalmente a pacientes de la población migrante hacía poco llegada al área de Barcelona, entre ellos muchos almerienses. Algu-

nos de los relatos orales contenidos en este libro me traen a la memoria el léxico de aquellas sencillas gentes—especialmente el de las mujeres—, rurales la mayoría, que al principio de atenderlas me costaba entender pero que pronto aprendí a distinguir.

Es oportuno situar aquí el contexto atómico de la época. Tras la primera detonación nuclear el 16 de julio de 1945 en el desierto de la Jornada Muerta, cerca de Alamogordo (Nuevo México) y los subsiguientes bombardeos de Hiroshima y Nagasaki el 6 y 9 de agosto, siguieron dos décadas de continuas explosiones atómicas, la mayoría de ellas en la atmósfera. En 1949 se quebró el monopolio de los EEUU cuando se probó el primer dispositivo nuclear soviético en Semipalátsk (Kazajistán), ensayos que la URSS prosiguió con frecuencia en los años 50 y 60, en especial los termonucleares de gran potencia en Novaya Zemlya (ártico de la Rusia europea). Otros nombres de exótica geografía fueron apareciendo a lo largo de mis estudios de bachillerato y medicina. Así, entre 1952 y 1963 el Reino Unido efectuó pruebas de sus artefactos atómicos en la isla de Trimouille (primer ensayo) y en Maralinga, en el Área Prohibida de Woomeera, ambas localizaciones en Australia. En aquellos años también se sucedieron una serie de detonaciones termonucleares de gran potencia en la atmósfera, efectuadas en las posesiones coloniales de las Islas del Pacífico. Por parte de EEUU y Gran Bretaña en el atolón de la Natividad (Christmas), localizado en las islas de la Línea (hoy parte de la República de Kiribati), y en los atolones de Bikini y Eniwetok (en la República de las Islas Marshall) a cargo de EEUU. Las numerosas pruebas en éstos dos atolones han dejado graves secuelas ambientales y en la población. Ya en los años 60 Francia inició sus explosiones atómicas atmosféricas en Reggane (1960-61) y subterráneas en In-Ekker (1961-66), en Argelia; estas fueron las más próximas a España. Francia continuó entre 1966 y 1996 su experimentación nuclear militar en los atolones de Mururoa y Fangataufa (incluyendo 41 explosiones atmosféricas) en la Polinesia francesa. El último llegado de los cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU fue China, cuya primera bomba fue detonada en Lop-Nor (Sinkiang 1964). No vienen al caso los posteriores desarrollos de armamento nuclear por parte de Israel, India, Pakistán y Corea del Norte.

Las numerosas explosiones atómicas en la atmósfera durante los años 50 y 60 del pasado siglo suscitaron una grave preocupación, primero científica y luego entre la población, sobre los efectos de la lluvia radiactiva que depositaba en la biosfera los radionucleídos producidos por la fisión o la fusión nuclear de las bombas. La realidad era que los efectos sobre la sa-

lud de la población era en la práctica materia reservada y el conocimiento científico al respecto confidencial o escaso y poco difundido. Además, para contrarrestar la mala imagen de lo atómico, los EEUU crearon un potente programa, publicitado en 1953 por el presidente Eisenhower, que denominaron *Átomos para la paz*; mediante este programa se difundieron durante muchos años las maravillas de la energía atómica, rebautizada para la ocasión como energía nuclear. Desde energía ilimitada y barata proporcionada por centrales nucleares impolutas y libres de contaminación hasta maravillosos tratamientos médicos, pasando por el coche atómico de Ford.

El desconocimiento —no exento de interés— por estas cuestiones queda reflejado en el siguiente, aunque anecdótico, proceder de mi práctica profesional. En 1966 me entretenía en las horas vacías de las guardias nocturnas en encender el equipo de Rayos X (no blindado) de la Clínica y poner una mano detrás de la pantalla de radioscopia para estudiar durante largo tiempo los complejos huesos del carpo de mi muñeca, ignorante totalmente del efecto de las radiaciones ionizantes del aparato a las que me estaba exponiendo. En este contexto acontece el accidente de Palomares. Ninguna información fiable se difunde por los medios españoles, como queda claramente expuesto en los exhaustivos trabajos de José Herrera. A través de *Radio España Independiente*, *Estación Pirenaica* (que emitía en realidad desde Bucarest), *Radio París* y la *BBC* pudimos con los días enterarnos de que dos de las cuatro bombas termonucleares del B-52 se habían fracturado y probablemente diseminado radiactividad en el área de Palomares, si bien la información era imprecisa y confusa. De lo que sí nos enteramos fue que a raíz de los *Acuerdos de Madrid* de 1953 con los EEUU, el general felón a quien Radio España Independiente llamaba el *Africano del Pardo* se había convertido en el *Centinela de Occidente*, Centinela que mientras permanecía inmóvil en su garita del Pardo permitía la instalación de bases militares estadounidenses con armamento nuclear en España —algunas siguen ahí (Rota y Morón)— y que los estratoreactores B-52 cargados de bombas termonucleares sobrevolaban diariamente España rumbo a las fronteras de la URSS con Turquía o de vuelta a EEUU.

Lo que relaciona el presente libro con mi año de las bombas es que, a consecuencia de lo anteriormente dicho, el accidente de Palomares cristalizó en la decisión que tomé de estudiar los efectos de la radiactividad sobre los humanos y su salud. Nada de ello nos habían enseñado en la Facultad de Medicina de aquellos tiempos —y poco en las de ahora—, por lo que tras indagar dónde podría adquirir una buena especialización en tales temas gestioné una beca doctoral de la Cooperación francesa para ir

a estudiar al *Centro de Estudios Nucleares de Saclay* (cerca de París), perteneciente al Comisariado de la Energía Atómica francés (*Commissariat à l'énergie atomique, CEA-Saclay*) y en relación con la Universidad de París. Tras tres años obtuve mi certificación en radiobiología (mi segunda especialidad) y preparé mi tesis doctoral.

Veinte años después del accidente, conociendo ya los efectos de las radiaciones ionizantes y el significado de curios, becquerelios, rads, rem, sieverts y demás medidas de la dosimetría, tuve la oportunidad de ir a Palomares en varias ocasiones, tanto con Jordi Bigas de Greenpeace o como miembro del *Centro de Análisis y Programas Sanitarios* (CAPS, una especie de fundación sin ánimo de lucro) de Barcelona, a quien la alcaldesa pedánea de Palomares, Antonia Flores, había pedido asesoramiento sobre la situación de la zona. Aquellas visitas dieron lugar a un informe del CAPS muy crítico con la falta de información y el proceder de la *Junta de Energía Nuclear* (JEN) con los vecinos. Probablemente en alguna de aquellas reuniones me encontré por primera vez con José Herrera, con quien a lo largo de los años he tenido la fortuna de mantener una muy grata relación y colaboración.

Un aspecto sorprendente que es pertinente mencionar se centra en la falta de trabajos científicos sobre el accidente. Consultada la base de publicaciones internacionales revisadas por pares más importante del mundo (*PubMed of US National Library of Medicine*) sólo aparecen 14 artículos: uno de 1987 y 13 entre 1997 y 2019. Todos ellos se refieren a la contaminación radiactiva del suelo y a la biota. Ningún estudio riguroso se ha publicado sobre la salud de los vecinos de Palomares-Villaricos ni tampoco sobre los aspectos relativos a la epidemiología de la población expuesta. Seguimos, pues, desconociendo la realidad del impacto sobre la población de un área contaminada por plutonio, uranio y americio. Como señalaba José Herrera en un artículo de 2018: *Palomares, radiactividad en el olvido*.

Para cerrar este prólogo, conviene remarcar que la presente obra, junto con la de 2016 mencionada al principio y el documental de largo metraje *Operación Flecha Rota* (2007), dirigido por el propio José Herrera, constituyen una trilogía imprescindible para entender y clarificar el confuso proceso que ha rodeado durante tantas décadas el accidente de Palomares. Es pertinente agradecer a nuestro autor por la incansable labor de investigación histórica y social plasmada en esta trilogía, cuya última producción es, lector, el libro que tienes entre manos. Sumérgete en su lectura, ¡vale la pena!